

Nombrar la Revolución

María del Pilar Díaz Castañón

Profesora. Universidad de La Habana.

Liliana Rodríguez Suárez

Investigadora. Centro de Estudios sobre la Juventud.

El triunfo revolucionario del Primero de enero de 1959 no fue un mero suceso político, si se asume la política en el sentido usual de corriente de ideas más o menos explícitas, definida en pro o contra del poder establecido. Generó una serie de rupturas y cambios en todas las esferas de la realidad social, al transformar con increíble velocidad la imagen del mundo de quien vivió los acontecimientos revolucionarios.

El propósito de este artículo¹ es abordar, desde el prisma del sujeto de la época, el modo en que el lenguaje expresa la progresiva subversión de valores ocurrida durante los primeros diecisiete meses de la joven Revolución cubana. Ello no implica abordar el lenguaje desde sus determinaciones semióticas o estructurales, sino como indicador de la contradictoriedad del cambio en la totalidad social.

La ambivalencia del lenguaje permite tanto la incorporación de nuevos significados a viejos signos como el surgimiento espontáneo de otros completamente nuevos, de significado aún impreciso, cuyo contenido —paradójicamente evidente para el sujeto en virtud de su propia indeterminación— se irá precisando con el devenir del acontecer revolucionario.

Por supuesto, todo ello coexiste con la persistencia de signos anteriores que rehúsan el cambio y que sobreviven cual fósiles indicativos del estilo de la época que se pretende subvertir.²

El lenguaje, al cumplir con su función de designar lo real, es el vehículo que objetiva el acontecer de la convulsión social y le ofrece así al partícipe la posibilidad de *nombrar* los nuevos eventos en que está inmerso.

A todo cambio revolucionario le es consustancial un lenguaje propio: la nueva realidad es rápidamente codificada en signos cuyo significado asume determinaciones variadas, y a veces efímeras, que por expresar la rápida dinámica del cambio son asumidas coyunturalmente como definitivas, sin que ello niegue la posibilidad de su reformulación, ajuste o desaparición ante un nuevo imperativo de la cotidianidad social.

Desde luego, el análisis que aquí se propone puede realizarse a través de diferentes medios: radio, televisión, cine, entrevistas, prensa escrita. La pérdida de documentos sustanciales en los tres primeros medios en el período que nos ocupa, amén de la falibilidad de la memoria histórica del sujeto —que siempre tiende a

legitimar su protagonismo—, condujo a realizar la revisión *diaria* de cinco exponentes de la prensa escrita de la época, que tienen además la ventaja de mostrar la progresividad del cambio.

El entramado periodístico de la época era bien diferente del que conocemos hoy: periodismo de empresa, expresión de las más disímiles tendencias, se caracterizaba en general por poseer voluminosos ejemplares (40 páginas promedio), financiados por los diversos anuncios que publicaban. Como tendencia, su propósito era realizar un periodismo ágil, informativo y orientador, mediado, por supuesto, por la directriz que el propietario imponía. El rango noticioso transitaba desde la actualidad nacional e internacional hasta el obituario, las noticias religiosas, la cartelera de espectáculos y un amplio espacio para la crónica social. Secciones de modas, el buen humor cubano y artículos dirigidos a la mujer, la juventud, o a los niños, aparecían por lo menos una vez por semana. El sensacionalismo evidente en la crónica roja caracterizaba también la lucha por la obtención de la primicia o «palo periodístico».

Contrasta con este estilo el de los órganos voceros de la lucha insurreccional. Rechazan la crónica social y hacen un periodismo comprometido y combativo, que refleja la progresión de la lucha. Con un lenguaje orientador y explicativo pretenden «conversar» con el pueblo y, aunque lo intentan, no pueden ignorar la tradición periodística de los años 50.

Es interesante constatar el cambio que cada uno de los periódicos consultados sufre desde los primeros meses del triunfo revolucionario. La prosa culterana y estática del *Diario de la Marina*³ propende a una ironía agresiva y sombría, en su carácter de vocero de una clase cuya unidad solo se encuentra en sus páginas; ella resulta el contrapunto ideal para la oratoria de barricada de *Revolución*,⁴ cuyos constantes ataques a *Hoy*⁵ tienen su mejor expresión en el desafío que representa la aparición de *Lunes de Revolución*, su suplemento cultural.

El Mundo,⁶ por otra parte, se erige en conciencia crítica nacional, con un lenguaje directo y reflexivo que apoya el proyecto revolucionario sin partidismos estrechos. *Combaté* requiere mención especial como medio de un grupo que luchó por el proyecto, pero carece de poder en su realización. Voz que alerta contra tropiezos y novatadas, su propósito en nada se distingue del gubernamental, salvo por el reclamo de un espacio político, y la legitimación, en la historia propia, de la organización que representa. Ella lo autoriza a criticar con agudeza y lenguaje ameno y coloquial el menor desliz que la prisa de la joven revolución propicia.

Cada uno de estos diarios es responsable, por la carga de información que trasmite, de generar opiniones, implantar modas, promover estereotipos de

comportamiento; de ahí su valía para el estudio de la formación y variabilidad del lenguaje revolucionario.

¿Señor o compañero?

El término mismo que califica el recién estrenado estado de cosas en la Cuba del 59 prendió como consenso en el ámbito social. Naturalmente, la prensa se hace eco de ello, al nombrar la situación como «la Revolución». El mejor ejemplo lo ofrece el *Diario de la Marina*, que el Primero de enero se refería en un sobrio y corto editorial al derrocamiento de la dictadura como «el advenimiento de un nuevo orden de cosas», y ya el día 5 afirma: «porque lo realizado aquí el pasado día de año nuevo ha sido un gran hecho histórico que sirve para separar y diferenciar dos épocas. Lo llamamos ya, revolución».⁸

El descrédito del término «revolución», luego de que la del 33 «se fue a bolina», amén de la desconfianza que desde la lucha clandestina se impregna en los grupos dominantes, por la identificación batistiana de «revolucionarios» con «revoltosos», hace aún más curiosa la rápida aceptación y difusión general del término como signo que cualifica el proceso. No en balde el órgano de prensa que nació como representante del mayoritario Movimiento 26 de Julio (M-26-7) asume el nombre que engloba el proceso mismo.

A partir de la segunda mitad de 1959 todo lo nuevo que se crea en materia de organizaciones o simplemente de eventos tradicionales que pretenden adquirir un sentido distinto comienzan a denominarse «nacionales» y «revolucionarios». La realidad exige nuevos nombres para los que quieren diferenciarse del régimen precedente. Surgen así la Biblioteca Nacional Revolucionaria, el Buró de Empleo Revolucionario y las Brigadas Femeninas Revolucionarias, junto con la Policía Nacional Revolucionaria y las Fuerzas Armadas Revolucionarias. En muchos casos, se crean organizaciones gremiales que se escinden de las ya existentes para rivalizar con ellas, contando para ello con el poder del adjetivo que las distingue. Aparecen el Partido Médico de la Revolución Cubana, los Músicos Revolucionarios e incluso la Junta Revolucionaria de Optometristas.

Los edificios, centros escolares u hogares de tránsito inaugurados por el Gobierno Revolucionario llevan el nombre de héroes o hechos de la lucha insurreccional. También quedan sin validez las denominaciones extranjeras de numerosos repartos de La Habana, las cuales son sustituidas por nombres relacionados con las tradiciones cubanas. El reparto Biltmore, el Nuevo Biltmore y el Country Club se convertirían, respectivamente, en Siboney, Atabey y Cubanacán.⁹

El término «revolucionario» no solo adquiere su lógica acepción de subversión de lo establecido, sino especialmente de subversión *continua* de lo existente, impuesta por la dinámica social.

Algunas palabras utilizadas durante la lucha contra la dictadura son incorporadas al contexto revolucionario. El vocablo «operación» fue objeto de un uso indiscriminado en 1959. Un conjunto de acciones, cualquiera que fuese su carácter, era considerado sin más como una «operación», en la vieja acepción militar o clandestina del término. De modo que proliferan, desde la «Operación Verdad», alentada por la prensa; la «Operación Alegría», referida a los carnavales; la «Operación Sierras de Cuba», para atender los problemas de los campesinos, hasta la «Operación Cultura», propuesta por la Federación de Estudiantes Universitarios.

Desde aquella gigantesca «Operación Verdad», que estremeció a todo el continente americano [...] las llamadas «operaciones» han florecido en Cuba con una rapidez extraordinaria.

Tanto se ha empleado el vocablo que, sinceramente, creemos va siendo la hora de sustituirlo por uno de sus sinónimos.¹⁰

El contemporáneo llegó a aburrirse de la aplicación indiscriminada del término. Sin embargo, otros tantos, originados también en el período insurreccional, cobran cada vez más fuerza en la nueva realidad. Ejemplo de ello es el apelativo «compañero», empleado durante la lucha contra Batista solo entre miembros del mismo grupo conspirativo.

Pero «compañero» no se difundió tan rápidamente como parecería a más de cuarenta años de distancia. Pese a la creciente atmósfera revolucionaria, era muy violento el choque con los arraigados códigos de cortesía en el trato personal, que distinguían entre «señor», «señora», «señorita» y quienes no lo eran. El triunfo de 1959 no eliminó totalmente el viejo modo de decir, expresión de la arraigada diferenciación social. Antes bien, su uso irradia a sectores antes excluidos, a la vez que sigue siendo empleado para referirse, incluso por órganos de prensa revolucionarios, a representantes de los grupos tradicionales de poder. Así, *Combate* critica: «En una entrevista de *Revolución* al presidente del Banco de Seguros Sociales se le confiere el título de Don por el redactor anónimo. Eso estaría muy bien en el *Diario de la Marina*».¹¹

Es que durante los primeros meses de la revolución en el sujeto conviven cómodamente sus viejos hábitos, incluido el de los estereotipos de comunicación, con

las formas novedosas. Ello se hace evidente en la tenaz persistencia de la crónica social, donde el lenguaje sigue siendo halagador, cargado de adjetivaciones extremas, rimbombante y estático. La crónica social de enero a marzo del 59, por citar solo un lapso, no se distingue en absoluto de la producida en los mismos meses de 1944, 1956 ó 1958. El cambio —que transcurre en un tempo muy lento— solo se aprecia en la sutil distinción entre los adjetivos empleados para los «nuevos ricos» y los reservados para la vieja aristocracia, adinerada o no. El uso y abuso de frases o adjetivos en otros idiomas es también una constante, reservándose como tendencia para las mujeres el francés («la *jeune fille*», «la *charmante débutante*») y para los hombres el inglés («el joven *sportsman/clubman*»). Unas breves líneas mostrarán, sin embargo, que no hacía falta recurrir a otros idiomas para ser ramplón y cursi: «Con motivo del feliz arribo a los suspirados quince años, la edad rosada de los quiméricos ensueños de la blonda y sugestiva señorita...».¹²

Si se tiene en cuenta que el cronista social cobraba —y bastante— por adjetivos, se comprenderá mejor su arraigo al recordar que cuando Rufo López Fresquet, Ministro de Hacienda, pretendió, en julio de 1959, imponer el «impuesto a la vanidad» (un gravamen sobre el pago por adjetivos) se desencadenó una fuerte protesta social, por considerar la vanidad un legítimo derecho social.¹³

Este estilo invade también buena parte de la prensa (deportes, espectáculos, negocios). Pero el dinámico sector de la publicidad y la propaganda no tarda en adaptarse a las circunstancias. En su afán de vender, comienza a emplear distintos referentes que muestran la identificación con la Revolución de una firma de cerveza o una tienda por departamentos. El mejor ejemplo de ello fue la campaña por el consumo de productos cubanos, —consigna que se generaliza a partir de la Asociación Nacional de Industriales de Cuba—, lanzada, no bajo la idea de la mejor calidad del producto o su menor precio, sino en apelación directa al sentimiento nacional del consumidor: «Consumir lo que el país produce es hacer patria».

Poco a poco, en la vida cotidiana del sujeto se van introduciendo términos de un modo u otro relacionados con la impronta de la Revolución. Su principal vocero será el partícipe y actor del cambio,

que al asumirlo activamente conforma un grupo cada vez mayor. Por ello se distingue con rapidez de la totalidad, y comienza a imponer un nuevo patrón de movilidad social. Recrea así el estereotipo de comportamiento social reinante, y aporta modismos y giros coloquiales que, merced al lenguaje, contribuyen a definirlo absoluta y genéricamente como «el revolucionario».

La Revolución toma la palabra

Si antes de 1959 los «revolucionarios» eran los miembros de las organizaciones que dirigían la lucha —M-26-7 y Directorio Revolucionario 13 de Marzo— tras el triunfo de enero el término comienza a generalizarse. Al recorrido del Ejército Rebelde —que culmina con la entrada de Fidel Castro en La Habana el 8 de enero— se suman verdaderas multitudes, calificadas con el gracejo popular como «revolucionarios del 2 de enero», para distinguirlos de quienes realmente habían participado en la contienda. Poco a poco, el estereotipo de comportamiento social que se acoge bajo el sello «revolucionario» se irá definiendo merced a la precisión de su opuesto: el «contrarrevolucionario». La magia del lenguaje capta gráficamente las rápidas transformaciones de la realidad social y las funde en un todo único abstracto, cuya precisión se omite por considerarla evidente.

A partir de enero, el término «contrarrevolucionario» identificará a los batistianos y los criminales de guerra. Pronto incluye a quienes tuvieron algún tipo de relación con Batista, y a los que abandonan el país —trátese de burgueses amedrentados o de ex revolucionarios— y, por supuesto, a quienes se oponen o directamente vulneran la legalidad revolucionaria. De los «insumergibles» y los «manengues», pasando por los «reaccionarios» y «siquitrillados» hasta los «rosablanqueros» y «siperos»,¹⁴ se va formando la abstracción que ya en marzo de 1959 se acuña con elegante simplicidad: «contra» es quien se opone de palabra u obra a la Revolución, mientras «revolucionario» será quien no solo concuerda con ella, sino que lo demuestra con su participación. La generalidad de ambos términos hace que su oposición sea cada vez más excluyente, y es el discurso político el responsable de destacar cada matiz de la confrontación.

Pero se trata de un discurso político nuevo. La oratoria de los líderes revolucionarios es directa, clara, sincera, sencilla, y hace uso de una prédica nacionalista que toma en ocasiones tonos agresivos y exaltados. Para la arena política cubana —harta de la retórica alambicada y demagógica, habitual en la República—,

el discurso revolucionario resulta más que atractivo, si se añade a lo dicho el hábito de dialogar con los participantes de cada acto multitudinario y la fuerte carga emotiva que su mejor exponente, Fidel Castro, transmite al hacerlo. El diálogo, y la incorporación en el discurso de las anónimas proposiciones populares, amén del hábito de consultar sobre la viabilidad de la legalidad revolucionaria, logran una interacción tal, que convierte al asistente de espectador en actor. La clara intención revolucionaria de propiciar un sujeto participativo es recogida elogiosamente por la prensa de la época, que considera positivo que el líder de la Revolución hable

con sentencias repetidas, machaque insistentemente sus verdades y las esponga con magistral pedagogía, hasta grabarlas profundamente en el corazón del pueblo, [...] Si el pueblo es actualmente el protagonista de su propio drama, nada mejor que incluirlo en los debates de los asuntos que lo afectan.¹⁵

Es a través del nuevo hábito participativo que se produce la primera definición del carácter de la Revolución, asumida en los primeros momentos como simple negación del régimen derrocado. La rapidez y radicalización de los cambios exigía una respuesta a la incertidumbre general, resuelta por breve lapso por el humor criollo como «revolución con pachanga». El discurso político califica a la Revolución de «humanista» para responder a las interrogantes de la opinión pública, sobre todo foránea, acerca del curso del proceso. De hecho, el adjetivo toma los atributos del nombre que cualifica: el proceso es humanista por *ser* revolucionario. Pese a la insistencia de la prensa revolucionaria,¹⁶ el humanismo solo fue reivindicado en los primeros meses, pues la radicalización que la propia actividad del sujeto genera trasciende un término tan elusivo. Ya a fines de 1959 se empieza a llamar Unión Soviética a la otrora «Rusia», y a inicios de 1960 los Estados Unidos se convierten definitivamente en «el imperialismo yanqui». En un contexto tan saturado de la propaganda de la Guerra fría, no se trata de un simple cambio de palabras, sino de una actitud diferente: el país socialista ha ofrecido la posibilidad de beneficiosas relaciones económicas, mientras se atribuye al vecino del norte la autoría moral del sabotaje al vapor *La Coubre*.

Ello es posible porque el término «revolucionario» no solo adquiere su lógica acepción de subversión de lo establecido, sino especialmente de subversión *continua* de lo existente, impuesta por la dinámica social. Nada indica mejor el valor y claridad que para el protagonista tiene el vocablo que el nombre oficial de «Gobierno Revolucionario» fuera mayoritariamente sustituido en 1960 por «nuestro Gobierno». La omisión no solo indica la apropiación del proceso, sino también la asunción de un papel protagónico decididamente

insurgente. La joven revolución ha sido resultado de un consenso social de cambio y se ha desarrollado gracias a la participación común. Por ello, el sujeto tiene el derecho —y lo ejerce— de elegir e imponer sus definiciones. Y, paradójicamente, la rápida cohesión en torno al proceso, explícita en el lenguaje, también le otorga el derecho de criticar la obra común.

No es cosa de risa

El ejercicio de la crítica se identificó con el interés revolucionario por «cambiar las cosas». Si tanto la Revolución como sus dirigentes son jóvenes, precisamente por ello son falibles, y es deber del revolucionario poner el dedo en la llaga para no perjudicar al proceso. Subyace en esta actitud el miedo a que la inexperiencia y la prisa dañen un derrotero que la mayoría quiere radical e irreversible. De modo que no puede permitirse que la inexperiencia justifique errores o tardanzas:

¿Qué pasa con la Compañía de Teléfonos? ¿Qué pasa en la Compañía de Electricidad? Estas preguntas se las hace a diario el pueblo sin haber hallado aún la respuesta satisfactoria. Hace más de siete meses que la Revolución llegó al poder, casi igual tiempo ha transcurrido desde que dichas compañías fueran intervenidas oficialmente, pero la solución a los viejos males no acaba de llegar [...] Ya hoy no son pulpos ni monopolios extranjeros. Al frente de ellas se encuentran los interventores designados por el gobierno, pero la gestión de estos no acaba de dar en el blanco.¹⁷

Por supuesto, el amplio diapason de la crítica recoge desde el consenso revolucionario hasta la oposición solapada. Nada contrasta más con la interpelación franca de *Combate* que el tono pausado y argumentativo empleado por el *Diario de La Marina* al manifestar su discrepancia con una medida tan definitoria como la Reforma Agraria, pero aún no con la Revolución:

No hay razón alguna para que ciertos señores insistan en llevar al ánimo de los gobernantes la falsa idea de que la reforma es necesariamente una violencia y un golpe audaz contra la propiedad.

No hay necesidad alguna de tocar lo que está en funcionamiento, en producción: esas fincas que sus propietarios han trabajado por años y años, que han puesto a producir en grande o en mediana escala, no deben ser tocadas porque no es justo y porque además no se necesita.¹⁸

Se juzga cada paso de la joven revolución, y por eso la crítica deviene indispensable a la lógica de su discurso. No se limitaba a las nuevas medidas tomadas: también incluía a los dirigentes revolucionarios, a quienes se enjuicia generalmente a través del humor. Así recoge *El Mundo* la jocosidad popular respecto a las largas comparecencias televisivas del Primer Ministro: «Veinte años después: Y ahora queridos televidentes,

para dar fin a este programa, hará uso de la palabra, como todas las noches, el Dr. Fidel Castro».¹⁹

El humor va ilustrando la vida en la cotidianidad revolucionaria, al subrayar sus aristas satíricas. Sin embargo, los retos exigidos por el año 60 imponen cerrar filas en torno a la Revolución, ante la amenaza de agresiones externas e internas. Los enemigos del proceso emplean el humor para circular chistes contrarrevolucionarios, mediante la tradicional tendencia del cubano de reírse de sí mismo con total desenfado. Ante tal coyuntura, el lenguaje abandonará paulatinamente su matiz jocosos y crítico, como puede constatar en la prensa de la época:

Desde que la Revolución está en el poder, ya los chistes no son como antes. En otras épocas, el humor iba de abajo hacia arriba. La agudeza del cubano humilde «que se estaba comiendo un cable y que tenía que inventar para comer» fluía espontáneamente, francamente. [...] Ahora los chistes salen desde temprano de los bares con aire acondicionado de los clubes elegantes. Y en cada barrio chic se chismea, se balbucea, se pierde el tiempo. Ahora los chistes nacen, se repiten y divulgan a partir de los barrios elegantes. Ahora la contrarrevolución se ha vuelto chistosa.²⁰

Desde luego, ello no implica que el revolucionario abandone uno de sus rasgos nacionales más distintivos. Pero sí existe la presión social para no compartir el chiste «contra», pues ello significaría asumir la postura de quienes lo generan. De igual modo, se espera que la respuesta sea inmediata, en cualquier lugar y coyuntura. Un redactor de *Combate* refiere complacido el unánime repudio suscitado en una guagua habanera por el comentario de una pasajera acerca de «ciertos hombres que poseían ideas cortas y cabellos largos», que motivó casi agresiones físicas.²¹ Toda broma que huelga a política debe ser rechazada enérgicamente, aun cuando —y sobre todo— su contenido no sea explícito.

Por supuesto, se asume la lucha frontal contra el chiste político, ese viejo hábito criollo, en especial cuando los blancos predilectos son Ernesto Guevara, Raúl Castro y Fidel Castro. La difusión de este estado de ánimo propició gestos tan extremos como el realizado en 1960 por el Sindicato de Oficinistas de la Provincia de La Habana, quienes comunican a *Combate* el acuerdo tomado de «no permitir a ninguna persona en los centros laborales que trate de correr bolas ni hacer chistes contrarrevolucionarios».²² Aunque concuerda con tal actitud, *Combate* considera harto extrema la propuesta de sancionar al chistoso con la expulsión del trabajo.

Sin palabras de más

Como se ve, ser revolucionario no era sencillo. Suponía, de hecho, el cambio total de hábitos y valores arraigados, que van desde el tradicional choteo cubano

«Nombrar la revolución» no es —ni fue— suficiente: se impone explorar los disímiles ámbitos sociales a través de los cuales la Revolución cambió a su protagonista, y a sí misma.

hasta la redefinición de la política. La transformación del lenguaje no solo significa la incorporación a la vida cotidiana de términos que diecisiete meses antes le eran completamente ajenos, sino también la asunción de códigos sorprendentes para el estudioso, pero muy nítidos para el contemporáneo. La frase «Sea feliz revolucionariamente en Pascuas de Cuba Libre» aparece en todos los órganos de prensa consultados, así como la sustitución de Santa Claus por Don Feliciano, bajo la general consigna de «Navidades Cubanas», o la seriedad con que el periódico *Hoy* argumenta que es válido consumir turrónes en las fiestas navideñas, pues aunque no es un producto cubano, su uso es tradicional.

Con el decursar del proceso, la dinámica de las consignas cambia. Si las iniciales *describen* —mejor o peor— la actividad que se pretende socializar, más adelante la unánime recepción social del significado del signo hace innecesaria la descripción. La movilización para la llegada de los campesinos a La Habana en julio de 1959 se realiza bajo el *slogan* «A cada hogar un campesino»; los pasos preparatorios para la Campaña de Alfabetización se realizaron bajo la consigna «A cada alfabeto un analfabeto». Pero ya en mayo del 59, ante las expectativas acerca de la promulgación de la Reforma Agraria, el sujeto genera por sí mismo una que advierte: «¡La Reforma Agraria val!». A partir de este momento, las consignas revolucionarias se irán haciendo cada vez más cortas y genéricas, portadoras de un valor tan incorporado que su descripción se hace inútil. Por eso, cuando tras el sabotaje a *La Coubre*, en marzo de 1960, se lanza el «Patria o Muerte», es unánimemente aceptado.

Difícil resulta, a más de cuatro décadas de distancia, comprender cómo una alternativa tan antinómica y definitoria —la Patria o la Muerte— fue tan rápida y voluntariamente asumida por la gran mayoría de la población. Pero ya —en virtud de acontecimientos cuyo análisis trasciende el marco de estas páginas— se había producido la identificación de la Revolución con la soberanía de la nación cubana. La pronta cohesión que se establece en torno al proyecto de subversión explica el cambio radical en la esfera valorativa, analizada hasta aquí a través de las gráciles metamorfosis del lenguaje. Si ya existe un modelo socialmente aceptado de «revolucionario», con su lenguaje también revolucionario, este oculta y exige a

la vez la subversión de los hábitos, tradiciones y costumbres del sujeto.

La coexistencia de viejos y nuevos estereotipos de comunicación y el triunfo del nuevo modelo encubren tanto el cambio que se está produciendo en la esfera valorativa no pública del sujeto como su resistencia a él, pues la apropiación del lenguaje revolucionario era relativamente sencilla. Mas, la asunción *real* del patrón de conducta que del «revolucionario» se espera en la vida cotidiana no era tan simple. Como se ha visto, el lenguaje expresa la progresiva subversión valorativa que experimentó el sujeto revolucionario al participar en el proyecto cubano. Pero «nombrar la revolución» no es —ni fue— suficiente: se impone explorar los disímiles ámbitos sociales a través de los cuales la Revolución cambió a su protagonista, y a sí misma.

Notas

1. En abril de 1995 Elaine Acosta, Katia Rodríguez, Nivia Brismat, Boris Nerey y Liliana Rodríguez obtuvieron la Licenciatura en Sociología con la tesis *Ideología y Revolución: Cuba, 1959-1960*, defendida en la Facultad de Filosofía e Historia de la Universidad de la Habana, bajo la tutoría de María del Pilar Díaz, quien con Liliana Rodríguez (socióloga, Centro de Estudios de la Juventud) continuara más tarde un estudio más amplio del lenguaje revolucionario. En el Diploma se analiza la rápida subversión valorativa que el proyecto social propicia y genera, a partir de la fuente ofrecida por cinco importantes periódicos de la época. En julio de 1999, María del Pilar Díaz Castañón obtuvo el grado de Doctora en Ciencias Filosóficas defendiendo el tema «Ideología y Revolución: Cuba, 1959—1962: el problema de la formación de la *imago mundi* revolucionaria».
2. Para un análisis más explícito del lenguaje revolucionario, véase María del Pilar Díaz, «Gramsci: el sencillo arte de pensar», *Revista de la División Académica de Ciencias Sociales y Humanidades*, Edición especial décimo aniversario de la Licenciatura en Sociología, n. 11, Universidad Juárez Autónoma de Tabasco, Tabasco, México, mayo-agosto de 1995, pp. 43-53.
3. *Diario de la Marina*, fundado en 1844, se erigió en vocero de la gran burguesía y en portavoz de los valores más conservadores; empleaba periodistas de gran renombre.
4. *Revolución*, órgano del Movimiento 26 de Julio, que reaparece legalmente el 2 de enero de 1959, se tipifica por la insistente convocatoria a la participación revolucionaria, empleando un lenguaje directo y agresivo.
5. *Hoy*, órgano de los comunistas cubanos, sale de la clandestinidad el 1 de enero de 1959; se caracterizaba por una prosa dogmática, eco de las tradiciones marxistas de la época.

6. *El Mundo*, fundado en 1902, defendía el desarrollo *posible* de la nación cubana desde una tradición nacionalista, democrática y crítica.
7. *Combate*, órgano del Directorio Revolucionario 13 de Marzo, fundado el 15 de marzo de 1959, ofrece una visión crítica y a la vez comprometida con el acontecer revolucionario.
8. Editorial, *Diario de La Marina*, 5 de enero de 1959, p. 1.
9. *Diario de La Marina*, 15 de enero de 1960, p. 1-A.
10. Ramón Peñate, *Combate*, 1 de octubre de 1959, p. 2.
11. *Combate*, 11 de agosto de 1959, p. 2.
12. Crónica social, *El Mundo*, 15 de enero de 1959, p. 2.
13. Por supuesto, el *Diario de La Marina* combatió enérgicamente esta propuesta, calificándola entre otros adjetivos de «inoperante, negativa y poco feliz». Véase «La Reforma fiscal», *Diario de La Marina*, 28 de julio de 1959, p. 4-A.
14. «Insumergibles»: políticos tradicionales que servían a cualquier gobierno; «manengues»: personajes de poca monta vinculados a la dictadura, generalmente a través del juego o el control de zonas políticas; «siquitrillados»: aquellos cuyos bienes fueron confiscados, fuese por su relación con la dictadura o porque simplemente abandonaron el país; «rosablanqueros»: partidarios o miembros de la organización clandestina La Rosa Blanca, que pretendía subvertir la Revolución; «siperos»: partidarios de la Sociedad Interamericana de Prensa (SIP), que desde octubre de 1959 toma posiciones antagónicas a la Revolución.
15. Carlos M. Lechuga, *El Mundo*, 10 de enero de 1959, p. A-6, C-7, 8.
16. Carlos Franqui, «El regreso de Fidel», *Revolución*, 6 de mayo de 1959, p. 1.
17. «3 puntos», *Combate*, 19 de agosto de 1959, p. 8.
18. Editorial, *Diario de La Marina*, 13 de marzo de 1959, p. 4-A.
19. Carlos Robreño, *El Mundo*, 15 de marzo de 1959, p. A-4.
20. Jaime Sarusky, «Humor y contrarrevolución», *Revolución*, 5 de mayo de 1960, p. 2.
21. «El 13», *Combate*, 7 de agosto de 1959, p. 3.
22. Mesa Revuelta, *Combate*, 5 de abril de 1960, p. 4.

© ~~TRINIDAD~~, 2001.